

MANUEL AGUIRRE, FORMADOR DE SACERDOTES

*Un doble propósito abrigó el P. Aguirre frente
a los futuros sacerdotes:
revelarles el verdadero y secular Rostro de la Iglesia
y prender en ellos la inquietud social,
cabal expresión del amor cristiano.*

Allá entre los años de 1943 y 1953, cuando el Seminario Interdiocesano de Caracas estaba aún bajo la dirección de la Compañía de Jesús, tuve la suerte de convivir con el P. Manuel Aguirre, compartiendo la misma mesa, el mismo techo y las mismas inquietudes apostólicas. Enfrentados ambos a la misma y compleja tarea de formar a los futuros sacerdotes, con él me vinculó una cordial y no interrumpida amistad.

Como homenaje a su memoria he escrito estas líneas, hilvanando unas cuantas reflexiones sobre su acción formadora de sacerdotes, basadas en mis recuerdos personales y en cuanto yo mismo pude ver, observar y palpar.

Al amigo, hoy ausente, vayan estas líneas que él, en su modestia, si hubieran caído en sus manos, habría borrado con gesto resuelto de su revista SIC, afirmando: No puedo permitir, como historiador, que se falte a la verdad histórica. Pero la Historia y su Verdad han sido más fuertes que él y no hay modo de disimular lo que Manuel Aguirre fue, hizo y soñó.

ALTA IDEA DEL SACERDOCIO

Manuel Aguirre abrigó siempre una alta idea de lo que es y significa "ser sacerdote".

El, tan sensible a la presencia del seglar en la Iglesia, no minusvaloraba la soberana realidad del sacerdote. Todos los cristianos, es cierto, participan del Sacerdocio de Cristo en virtud del bautismo; pero algunos participan en forma más plena: los sacerdotes. Han sido ellos ungidos, sellados, consagrados. Poseen poderes que el cristiano seglar no tiene: sobre el Cuerpo de Cristo en el altar y sobre el Cuerpo Místico de Cristo, que es su Iglesia; en ésta poseen un

CARLOS GUILLERMO PLAZA, S. J., primer Rector de la Universidad Católica Andrés Bello, es actualmente Decano de la Facultad de Humanidades de la UCAB.

poder especial de santificación: están llamados, por misión, a ser Heraldos de la Palabra, Distribuidores del perdón, Guías por los empinados y difíciles caminos de la perfección cristiana. Bien merece la pena consagrar la propia vida a formar sacerdotes.

En este aspecto, la actitud de Manuel Aguirre encierra un mensaje para nuestra época. Porque hoy, empeñados como estamos por valorar la misión y el papel del laico en la Iglesia, corremos el riesgo de borrar las fronteras que lo separan del sacerdote y de minimizar el carácter de éste. Bien está el proceso de "laicización" en cuanto que el seglar cobre conciencia de que es Pueblo de Dios, Iglesia; que, dentro de ésta, asuma responsabilidades y se sienta integrado; que contribuya activamente al advenimiento y plenitud del Reino de Cristo. Pero sería extrapolar las realidades pretender que la laicización absorba y borre el sentido profundo del sacerdocio. Y digo el sentido profundo: no ya ciertas actitudes, estilo de vida y formas externas en los que el sacerdote puede y debe evolucionar para incorporarse mejor al mundo en que vive y acercarse más eficazmente al seglar. Pero la razón de ser del sacerdote —su sentido profundo— tiene una vigencia eterna en la Iglesia y forma parte de la doctrina que Ella profesa.

Si hubo alguien preocupado por insertarse en la "temporalidad" de este mundo que pasa, fue Manuel Aguirre; si hubo alguien que poseyera una alta y clara idea de la misión del seglar en la Comunidad cristiana, fue Manuel Aguirre; si alguien se dedicó, con ardiente mística y entusiasmo, a promover al seglar, fue Manuel Aguirre. Sin embargo, a él le parecía una indiscutible aberración pensar que la exaltación del seglar pudiera significar desconocimiento, negación o minusvaloración del sacerdote. Lo cortés no quita lo valiente:

todos los cristianos —repito— son Pueblo de Dios; todos participan del Sacerdocio de Cristo; pero, entre todos, algunos son "llamados" a participar en una forma típica y diferencial de la plenitud del Sacerdocio de Cristo. Por eso, el Sacerdocio seguirá siendo siempre no ya un accidente cambiante que pueda suprimirse u opacarse en el marco de la Iglesia, sino una realidad fundamental en el Cuerpo Místico de Cristo.

Enfocada así la razón de ser del sacerdote, se comprende la actitud de entrega incondicional de M. A. a formar sacerdotes. Actitud que nacía de una profunda visión de fe.

Que sean pocos o muchos los sacerdotes que anualmente egresan del Seminario para incorporarse a esa porción escogida de la Iglesia —su milicia oficial—, ¡no importa! No es tiempo perdido el que se emplea en formar a un solo sacerdote. Se trata de una acción estratégica, multiplicadora. Porque un sacerdote bien formado está llamado a transformar una entera Comunidad cristiana, desde su estructura socio-económica hasta los más altos niveles de su vida espiritual. Su acción rebasa con frecuencia las fronteras parroquiales. Por eso, por el íntimo convencimiento de lo que es el sacerdote, el hecho de que los Jesuitas entregaran la dirección del Seminario representó para M. A. una auténtica tragedia. Y nunca se rehizo de este dolor. También otros antiguos profesores seguimos compartiendo el mismo duelo...

II ANTE LA TAREA DE FORMAR SACERDOTES

Compleja es la formación del sacerdote. M. A. se abocó a ella con todo el ímpetu de su espíritu generoso.

En primer término se impone formar al sacerdote como hombre de Dios, hombre de la Iglesia.

El sacerdote: hombre de la Iglesia.

Para transformar al seminarista en hombre de la Iglesia, ¿qué medio más eficaz que dar a conocer al futuro sacerdote la grandiosa historia de la Iglesia? ¿No es natural que todo hijo bien nacido conozca a fondo su propia genealogía?

Ideal de M. A. fue el de recorrer ante la atenta mirada de sus alumnos el maravilloso panorama de la Historia de la Iglesia. Y digo "maravilloso" porque si bien es cierto que en la trama de la mal llamada Historia profana se entretajan los sutiles hilos de la Providencia, la cual conduce la totalidad de la Historia, en la eclesiástica palpita manifiesta la acción de Dios. La Historia de la Iglesia es la Historia de la Salvación: de esa larga y prodigiosa gesta de Dios por enrumbar el destino de los hombres hacia un destino divino; de esa lucha a brazo partido —fruto del amor divino— entre la gracia y la débil o torcida voluntad humana.

Si esta Historia se estudia y enfoca con ojos de fe —la cual escudriña y descubre la huella providente de Dios—, brotará espontánea la devoción a la Iglesia y la firme adhesión y entrega a la misma.

¿No es esto vital para un sacerdote? ¿Cómo podría entregarse con íntimo entusiasmo a trabajar por la Iglesia si no viviera que ella es Cristo encarnado a lo largo de la Historia?

Visión de fe que no se refiere a una Iglesia vaga y vaporosa, sino a la Iglesia visible, dotada de una autoridad concreta, con necesidades y urgencias bien tangibles.

Así lo entendieron las grandes figuras de la Iglesia: los Santos. Francisco de Asís, por ejemplo, creyó en la Iglesia y profesó una lírica devoción y reverencia a la Iglesia concreta de su tiempo, pese a que conocía y deploraba los abusos que la empañaban. Pero como la amaba entrañablemente, no se permitió nunca atacar a sus representantes, desautorizándolos; ni se consideró investido de una misión mesiánica de reformador, a lo Savonarola. Sin embargo, Francisco de Asís, humilde, mansamente, contribuyó más que ninguno de su tiempo, por su propia radiante santidad, a recorrer, ante la mirada atónita de los hombres de su época, el verdadero Rostro de la Iglesia. Y todavía se difunde hoy, como un perfume, la devoción eclesial de Francisco de Asís. En igual forma procedieron: Catalina de Siena, Ignacio de Loyola o el Cura de Ars...

M. A. cumplió a fondo la misión de formar "hombres de Iglesia". Los alumnos que escucharon sus brillantes y sólidas exposiciones de Historia Eclesiástica se sintieron presa de admiración ante el gran Misterio viviente que es la Iglesia. Como natural consecuencia, bro-

tó en ellos la actitud de entrega a la Esposa de Cristo en la tierra. Rasgo común que caracteriza a sus antiguos alumnos es la devoción cordial a la Iglesia y su consagración al servicio de la misma.

Todo esto fue posible porque M. A. hizo ver a sus alumnos la Historia de la Iglesia desde un punto de vista superior y sapiencial: la verdad histórica, sí, pero engastada e interpretada a la luz de la fe como Historia de la Salvación.

El sacerdote, hombre al servicio de los hombres.

La Iglesia es una realidad misteriosa, humana y divina, que atraviesa los siglos. No hay en Ella solución de continuidad. La Iglesia viviente de hoy es prolongación de la Iglesia peregrina que emprendió su éxodo hace veinte siglos. No es una realidad fría y abstracta. Son los cristianos de cada época, que profesan la misma fe, obedecen a los mismos Pastores y se agrupan alrededor del altar para participar de la vida divina. Pero son los cristianos que, al mismo tiempo, están insertos en la vida pública: trabajan, sufren y esperan; construyen la Ciudad terrestre y viven el Cristianismo al compás del quehacer cotidiano.

Al futuro sacerdote le importa conocer la Historia de la Iglesia de ayer; pero le es urgente penetrar en la realidad humano-divina de la Iglesia de hoy. A él le ha tocado vivir una pequeña fracción del tiempo global de la Iglesia. Esta rebasa en sí cada una de las fracciones y diferencias temporales. Tarea es del sacerdote insertar su vida, su preciosa vida, su pequeña fracción de tiempo a la Iglesia co-existente en esa fracción. A esa Iglesia concreta, viviente, palpable, le corresponde servirla.

Iglesia de hoy es el obrero que sufre el peso de la injusticia; el niño abandonado que exhibe sus harapos en medio del brillo fosforescente de la gran urbe; el olvidado campesino que se inclina cada día sobre un pedazo de tierra que no es suyo y del que apenas arranca un escuálido jornal.

Sería cruel, inhumano, anticristiano, formar sacerdotes de espaldas a esa realidad que está ahí, muda, atrozante. Porque el verdadero Cristianismo es amor. Y donde hay amor, el espíritu se abre y esponja ante el dolor ajeno y concibe un hondo afán por rescatar al prójimo de su condición infrahumana. Todo amor auténtico engendra justicia social y es febrilmente creador: allí donde hay penuria, crea bienestar; donde hay soledad y separación, aglutina voluntades. Se traduce en obras, en servicio, en promoción. El amor cristiano se encarna en los miembros sufrientes y zaheridos de la Iglesia y acepta el reto de elevar su condición temporal. Tal es

la genuina versión de la caridad cristiana.

Especial mérito de Manuel Aguirre fue el de haber puesto de relieve esta faceta sustantiva de la Iglesia en una época en que la inquietud social no había prendido todavía en Venezuela con la pujanza que hoy ostenta.

No está confinada la Iglesia —como entonces algunos defendían— al húmedo recinto de una sacristía o a los venerables muros de un templo. Su razón de ser la lleva a intervenir en la realidad social aportando a ella la luz del pensamiento cristiano y la decidida voluntad de transformarla. Por su postura y escritos, Manuel Aguirre contribuyó a revelar a los mismos cristianos el Rostro social de la Iglesia.

Este aspecto social en la formación del futuro sacerdote fue una de las tareas que se impuso Manuel Aguirre. Para ello no escatimaba medios: desde dar a conocer a los seminaristas la cruda realidad social, poniéndolos en contacto con la misma, hasta el conocimiento y dominio de la Doctrina Social que la Iglesia profesa. Clases, conferencias, círculos de estudio, cursillos, convivencias: de todos estos medios echó mano para ir esculpiendo el perfil social del futuro sacerdote. Gracias a esta acción multiforme, los seminaristas fueron adquiriendo, como por ósmosis, una fina sensibilidad social ante los acuciantes problemas sociales de nuestro tiempo (las "irritantes desigualdades e injusticias", en lenguaje de Manuel) y se fueron capacitando para abocarse un día a la solución de esos problemas en el área de sus parroquias, como parte de su misión sacerdotal.

De ahí que cuando más tarde Manuel Aguirre se propusiera extender en Caracas y en el Interior el Círculo Obrero, o fundar Ligas Campesinas u organizar Cooperativas, encontrara en sus antiguos alumnos seminaristas sus más entusiasmados y decididos colaboradores. Era la hora de recoger lo que había sembrado. Patentes están los frutos en hombres y obras. El Clero de Venezuela que recibió su influjo es un Clero emprendedor, dinámico, "comprometido" —como hoy se dice— con la realidad venezolana y es capaz de exhibir una amplia gama de realizaciones concretas en pro del rescate y promoción de los marginados. Huelga citar ejemplos.

Llevado del mismo afán por formar sacerdotes modernos que respondieran a los requerimientos de su época, concibió y fundó una revista, cuya sigla significa: Seminario Interdiocesano de Caracas: SIC. En la mente de Manuel Aguirre serviría ella de palestra en que los seminaristas pudieran expresar sus opiniones y hacer sentir su voz, junto con la de sus profesores y de otras califica-

das personalidades. Sería, además, instrumento para difundir el pensamiento católico y proyectarlo sobre todas las esferas de la vida. Por eso añadió un subtítulo: Revista de Orientación Católica. Como afirmación de un pensamiento, la sigla SIC realiza el sentido rotundo y asertivo del adverbio latino: ASI. El diáfano pensamiento de la Iglesia y de los cristianos debe vaciarse en moldes transparentes y rotundos: así.

La calurosa acogida que amplios sectores culturales dispensaron a la Revista, exigió muy pronto un nivel de madurez y formación que rebasaba el propio de un seminarista. Pero la intención de Manuel Aguirre estaba patente: pretendía que el futuro sacerdote se entrenara desde temprano en las lides de la pluma, se acostumbrara a una reflexión creadora y se capacitara para usar de ese gran medio de comunicación que es la palabra escrita.

Fui testigo de la avidez con que los seminaristas leían las páginas de SIC, arrebatándose la casi de las manos apenas llegaba. Los editoriales de Manuel Aguirre han enfocado siempre los problemas más actuales y candentes de Venezuela y del mundo. Están escritos con nervio y concisión; con indignación apasionada, a veces. La Revista, verdadero complemento de la formación social de los seminaristas, ha sido una auténtica encarnación de la realidad venezolana. Con ella entraba cada mes en el Seminario Venezuela entera, palpitante de problemas y esperanzas. Era una bocanada de inquietudes que sacudía el alma generosa del futuro sacerdote.

Hombre de la Iglesia y hombre al servicio de su tiempo; hombre de Dios y hombre consagrado a sus hermanos, los hombres: he ahí dos ideales del programa formativo sacerdotal que se trazó y cumplió Manuel Aguirre. Ya sólo por este logro, bien hubiera podido afirmar Manuel Aguirre antes de sumirse en el sueño definitivo: "misión cumplida".

Pero preguntémosnos: en definitiva, ¿dónde radicó el secreto de su éxito como formador de futuros sacerdotes? La explicación es sencilla: Manuel era Hombre de la Iglesia y Hombre devorado por el celo de rescatar a sus hermanos, material y espiritualmente. Nada pudo igualar la fuerza avasalladora de su ejemplo viviente. Los seminaristas pudieron comprobar cada día su espíritu hondamente sacerdotal, su pobreza evangélica, su entrega a la causa de los marginados, a través de infinitos sacrificios.

La llama que fue Manuel Aguirre, siempre ardiente, se ha extinguido.

Y yo me pregunto: ¿cómo se las arreglará Manuel en el otro mundo, donde no hay miserias que remediar, ni obreros que promover, ni candidatos al sacerdocio a quienes transmitir su mensaje renovador?

Funeral en el primer mes del fallecimiento del R. P. Manuel Aguirre, S. J.

Palabras pronunciadas por el Dr. CARLOS ACEDO MENDOZA antes de comenzar la Misa del Funeral organizado por la Comisión Venezolana de Justicia y Paz.

Hermanos en Cristo:

La Comisión Venezolana de Justicia y Paz ha dispuesto que yo diga unas brevísimas palabras antes de comenzar esta Misa, para agradecer a ustedes el gesto bondadoso de su presencia y la participación que todos habremos de tener en el Santo Sacrificio en sufragio del alma del inolvidable Padre Manuel Aguirre.

Quiero destacar, en primer término, la significación que tiene esta participación creciente de los seculares, en actitud de colaboración pero activa y creciente, en los actos litúrgicos. Nosotros somos la Iglesia tanto como el sacerdote que oficia el sacramento, y nuestra oración se incorpora y se unifica para ganar valor ante los ojos de Dios.

Hoy rezamos por él, que tanto rezó por nosotros; hoy venimos a sacrificarnos por él en estos minutos de meditación y reflexión, para compensar, siquiera pálidamente, el sacrificio de su vida entera, que fue para nosotros; hoy venimos a rendirle un callado homenaje de recuerdo a aquel cuya vida entera fue un homenaje perpetuo a la gloria de Dios y al bien de Venezuela.

El Ciudadano Presidente de la República, al manifestar su pesar ante la imposibilidad de estar aquí presente porque las complejas labores de su cargo y los compromisos previamente adquiridos lo reclamaban en otras funciones, al referirse a "su querido amigo" el Padre Aguirre, usó la frase "gran apóstol de los humildes". En torno a esta perífrasis se puede elaborar una breve reflexión que explique por qué la debemos tanto y por qué estamos aquí reunidos para alabar su memoria, rezar por él y pedir su intercesión.

Era un vasco de sangre y de origen. Esto nos hace dar ya por supuestas una serie de condiciones del carácter: reciedumbre, tenacidad, perseverancia, franqueza. Era un sacerdote, y esto nos permite suponer que su vida, trazada en camino recto por el haz de luz de una vocación definida, estaba medida en términos de consagración total, ofrenda generosa y noble y orientación perenne hacia lo trascendente. Y era además un jesuita, lo cual indica que en su personalidad fundida en el crisol ignaciano había también cualidades específicas y presumibles: eficiencia, capacidad creadora y sentido de la organización.

Pero este hombre, recio por ser vasco, entregado en obras de Dios por sacerdote y vuelto un eficiente organizador por la formación ignaciana, era, además, de manera singular, personal y exclusiva, un GRAN APOSTOL DE LOS HUMILDES; un enamorado de los pobres a quienes Cristo amó con predilección; un decidido y a veces cáustico defensor de los desheredados, de los preteridos y de los inconformes.

Y era también —sin duda alguna por las mismas causas—, por vasco, por sacerdote, por jesuita y, sobre todo, por venezolano, y por Manuel Aguirre, un REBELDE. Un rebelde contra la injusticia, contra la pequeñez de los hombres, contra las desigualdades sociales. Vivió en rebeldía y algunas veces levantó polvareda detrás de sí porque en su camino por la vida marchaba de prisa; vivió casi siempre —como manda el Evangelio— convertido en santa piedra de escándalo; iba, como un Cid Campeador de las contiendas espirituales, viviendo su cruzada de redención de los pobres por todos los campos y todos los caminos de esta Venezuela nuestra que él hizo suya hasta la muerte.

Yo tengo la convicción de que cada vez que muere un hombre de éstos —uno de estos santos de pie— que viven en oración, pero no se quedan en contemplativos; que son enteramente bondadosos, pero no seráficos; que se dan, pero exigen con fuerza; que practican la mansedumbre, pero conservan intacta su energía, cada vez que muere uno de éstos —digo— hay una sonrisa de Dios que, de alguna forma misteriosa, se traduce en bien para la humanidad.

Por Manuel Aguirre, por quien venimos a pedir casi formalmente porque estamos seguros de que no lo necesita, pero a quien venimos a pedir más bien porque lo seguimos necesitando a él, van hoy, en el Santo Sacrificio de la Misa, nuestras oraciones y nuestra Comunión.

CARLOS ACEDO MENDOZA, economista, Secretario Ejecutivo de la Comisión Venezolana de Justicia y Paz y Director de la Oficina de Estudios Socio-Económicos (OESE).